

Vase á una fiesta, y asiento
Yo presumo que ella toma:
Y desde luego se mete
Por lucir, á bailadora.

Levántase la algazara;
Pero ella gritaba: ¡ola!
Malo está mi dengue; pero
¿Quién me quita estar de moda?

Currutacas, las que sois
De truco alto, y carambola,
Y hacéis á cortejos viejos,
Por no tener otra cosa:

Cuando suene su matraca
El vulgo de nueva forma,
Responded lo que allá dijo
La muchacha de la historia.

LA DIVINA PROVIDENCIA
DIVIDIDO EN TRES CANTOS

POESIAS

SAGRADAS Y MORALES

LA DIVINA PROVIDENCIA

POEMA EUCHARISTICO

DIVIDIDO EN TRES CANTOS.

INTRODUCCION.

Lejos, lejos de mí, versos profanos,
Y con sagrada lira
Cantemos al Señor que nos inspira
Asuntos soberanos:
Lejos de mí los versos que son vanos.

Como aquel que despierta alborozado
Después de haber soñado
Mil quimeras preciosas,
Pero que como sombra su alegría
Desparece, mirando que estas cosas
Fueron engaños de su fantasía:
Así pienso el que estoy: un gran vacío
Hallo en el pecho mío,
Después de que canté tantos amores
De inocentes zagalas y pastores.

Más ya que la verdad con presto vuelo
De la mansión lumbrosa
Baja, y disipa como luz del cielo
La apariencia engañosa

Que tuvieron por fútiles mis versos,
Otros caminos seguiré diversos,
Y elevaré mis tonos entre tanto
Que alabo la Divina Providencia
Del númen sacrosanto.

¡Oh si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia!
Entonces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos,
Sus sienes ceñiría
Con un laurel eterno
Que no lo marchitará el cruel invierno.

¡Oh, abrázame mi Dios! dame tu aliento,
Que no tiene la pobre musa mía
Para tanto argumento,
Ni discurso, ni gracia, ni ornamento.
¡Oh si todo lo hubiese de tu mano!
Dame, Señor, tu aliento soberano,
Y mi agradecimiento, y mis amores,
Saliendo del letargo más profundo,
Cantarán tus favores,
Y extenderán tu nombre en todo el mundo.

CANTO PRIMERO.

Cuando con alas de inmortal deseo
Vuela hacia todos lados,

Subo y bajo los cielos elevados,
Y tantos seres veo
En su orden respectivo colocados:
Como la luz me guía
Del alma religión, nunca pudiera
Preguntarles dudosa el alma mía,
¿Cuál es el númen misericordioso
Que desde su alta esfera
Cuida de tantos seres amorosos?

Alza, mortal, los ojos, ve y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perennal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.

Ríe el alba en los cielos, avisando
Que viene el claro día,
Y luego asoma el sol resplandeciente,
A cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente.
Sólo Dios pudo ser tan providente:
Su infatigable empeño
Aun en lo más pequeño
Se muestra cuidadoso:

Porque ¿quién si no el Todopoderoso
Dice á las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelen en bandadas
A los anchos y fértiles egidos,
Para volver cargadas
A socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadadas
Le piden el sustento?
Sólo Dios pudo hacer este portentoso.

Pero aun á más se extiende su cuidado,
Viendo por lo que está más retirado:
Porque ¿quién si no El mismo pule y viste
En el valle más hondo y apartado,
De tan bello color, al lirio triste?
Sólo Dios, el Señor de cuanto existe:
Y su mano ahora
Hace que salga por el alto cielo
La rutilante aurora,
Para alegrar la habitación del suelo;
Después hará á la noche que descienda
Sobre nuestra morada
Y del sueño tranquilo acompañada,
Hará benigno que sus alas tienda.

Entonces, cuando el cielo
Parece recogerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido
Pero el Señor no duerme . . . cuando el mundo
De lóbregas tinieblas rodeado,

Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
Quién si no Dios entonces, al rugido
Del formidable león que en la espesura
Estremece los montes levantados.
¿Quién si no Dios sus manos extendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entonces de su cueva obscura?

Tales son del Eterno los cuidados:
Al fin es su criatura,
Ella, cual todas, su favor espera,
Pues sólo Dios pudiera
Mantener providente cuantas cosas
Salieron de sus manos poderosas.

Sí, Señor, sólo Tú: desde el brillante
Alcázar de diamante
Que elevaste en el alto firmamento,
Sobre todos los seres vigilante,
Y poniendo en seguro movimiento
Los orbes celestiales,
Sí, Señor, desde allá, según el modo
Que apenas se trasluce á los mortales,
Todo lo miras, y lo arreglas todo.
¡Todo... sí, pues no fuera consiguiente
Que siendo tú el autor de lo criado,
Otro fuera encargado
De ser en cosa alguna providente,
Todo lo riges acertadamente;
Sin que lleve Eolo
El carro de los vientos, ni Nepturo

El cerúleo tridente:
Porque tu cetro solo,
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno del Dios que lo sustenta.

Mas, ¿qué genio divino,
Como á recios impulsos me ha obligado
A subir sobre el cielo cristiano?
Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja, y canta al Señor que va guiando
Al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO

Al modo que los hábiles pintores
En ingeniosos cuadros aplicando
Oportunos colores
Nos van representando
Los aspectos que el año va mudando:
Y como en cuatro imágenes procura,
De admirable y feliz correspondencia
Con la madre natura,
Instruirnos la pintura,
Hasta hacerme tocar con evidencia

Los favores de la alta Providencia;
Así también ufano yo quería
Que en sus versos lo hiciera
La alegre musa mía.
¡Oh tú, sabio "Barquera!"
Dirjela entre tanto,
Dirjela, te ruego, mientras canto
La dulce primavera.

¡Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cuál es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al joven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles zéfiros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando,
Y las flores riendo....
Naturaleza toda á su presencia
Alaba á la Divina Providencia.

Sigue el año su curso presuroso,
Y en tanto que los cielos van rodando
Sobre sus firmes ejes, va tornando
El sol por su camino luminoso.
Asuma luego el caluroso estío,
Y las espigas de los campos dora,
Que hizo brotar la mano agricultora
Entre la escarcha del invierno frío.

Arden los valles; pero el ancho río
Los bosques y las auras matinales
Restauran el vigor de los mortales:
Cuando por otra parte los despojos
De la alegre y fecunda sementera
Ofrecen mil contentos á los ojos:
La rubia mies preséntase en manojos
Sobre los altos carros: la galera
En su anchuroso seno la aiesora:
Prepárase la era:
Y la hambre asoladora,
Que hace á las gentes formidable guerra,
Como asustada sale de la tierra.
Resuena en las cabañas la alegría
De la gente del campo bienhadada,
Y la sombra de Ceres disípalá,
El canto sube á la región del día.

Pero el Señor escucha y con violencia
Convoca á su presencia
Mil espesos nublados
Que de agua y refrigerio van cargados:
Su seña aguardan, y en el mismo instante
Que responde á su voz el firmamento,
La máquina del mundo vacilante
Se pone en movimiento:
Sopla agitado el viento;
El polo cruje; el Este se ilumina:
La catarata se abre repentina,
Y baja por el aire estrepitosa
En torrentes la lluvia cristalina.
Cruza la tempestad, y la frescura

Que deja por la tierra calurosa,
Fomenta el seno de la gran natura.

¡Tiempo dichoso en que la huerta amena
Su abundancia nos brinda ya madura
De frutas tantas con que Dios la llena!
Este es el tiempo en que el cantor famoso
De la otoñal riqueza nos mostraba
Las matutinas horas, y ardoroso
Con su cítara dulce las cantaba
En la cuna del alba amaneciendo:
Al punto que asomaba
Neptuno con sus ninfas ofreciendo
A los hombres sus huertos en bonanza.
Sí, "Canazul" felice, hijo de Apolo,
Tú las cantaste con tu dulce afluencia;
Tuya fué para Dios esta alabanza:
Ahora que veas que sobre el alto polo,
Al parecer, su sabia providencia,
Para igualar las noches y los días,
Pese las horas en que tú decías,
Mostrando de tu núnen un destello:
"Mira cual brilla en el oriente bello
"La rozagante aurora."
Vuelve á templar tu cítara sonora,
Y que repita ufana
Del rico otoño la oriental mañana.
Repítala, mirando la franqueza.
Del año dadivoso,
Y allá como en encanto primoroso
De su genial destreza,

Recorra el velo al cuadro milagroso
De la alegre y feraz naturaleza.

Mas ¡ay! que á nuestros ojos
Otra escena se vá representando,
Y la dura inclemencia y los enojos
Del cielo me parece estar mirando,
Cuando el orbe de aspecto va mudando.
Como un sueño ligero
Desaparecen los gustos
Y regalos del tiempo lisonjero.
Ya tornan los disgustos
Y con ellos al alma su tormento.
Los recios golpes siento
Del robusto aquilón que se desata,
Y la abundancia y todo el ornamento
De la estación fructífera arrebatada.
¿Qué nuevo, qué terrible poderío
Triunfa del año, y su verdor maltrata?
Este es el tiempo del invierno frío.

Pero sin él, ¿qué fuera
Del orbe terrenal? ¿La primavera,
Para hacerlo dichoso, bastaría
Que de vistosas flores lo cubriera?
¿El ardor estival feliz lo haría,
Cuando tan solamente sazonzara
La mies que le prepara
El labrador robusto?
¿Y qué si no pasara
El mayor lumínar á más altura?
¿El otoño á sus mesas presentara

Los dones de más gusto,
Que pródigo ha sacado
De las entrañas de la tierra dura?
De la escarcha y el hielo?
¿Y á qué el invierno, pues, llega cargado
¿Qué beneficios trajo á nuestro suelo
Su brazo fuerte de rigor armado?

Cual obra en el enfermo y extenuado,
Tornándolo á su vida y fortaleza,
La virtud de Esculapio milagroso,
Así obra en la común naturaleza
La fuerza del invierno riguroso;
Mientras que el delirante
Filósofo atribuye á desconcierto
Del mundo maquinal, lo que es concierto
De la ley del Señor siempre constante;
Aunque aparente elemental desorden.
¿Y á quién tanta armonía,
Tanto primor, tanto orden,
Y tanta divinal sabiduría?
Todas son de la suma Providencia
Altas disposiciones,
Que á fin de conservar nuestra existencia
Arregló las anuales estaciones.

Nuestra existencia ha sido su cuidado:
¡Oh! dílo, musa, en plectro concertado.

CANTO TERCERO

Ahora más que nunca yo quisiera
Que felice tuviera

Mi musa el arpa de oro,
El arpa misma y cántico sonoro
Del genio deificado
Que só el trono de Israel colocado
Despertó á la natura, y á su influencia
La hizo cantar la suma Providencia.

Cantáronla los hombres, y extendieron
El nombre del Señor de las alturas
A todas las criaturas,
Y todas al instante se movieron.
Cantáronla... los áramos sombríos
La cantaron, y montes, y collados,
Y piélagos, y ríos,

Y oyéronse mil cantos redoblados:
En tanto que la bóveda del cielo
Con festival estruendo respondía
Al general aplauso con que el suelo
A su gran bienhechor reconocía.
Entonces: ¿cuál sería
Mi gozo? Yo exclamara,
Después de contemplar lumbre clara
Del sol resplandeciente,
Después de contemplar atentamente
La luna, las estrellas,
El mar, la tierra, el aire y cuantas cosas
Son á la vista más maravillosas;
Pero que todas ellas
A las plantas del hombre se postraron.
Y á su arbitrio y su ley se sujetaron:
Entonces, sí, exclamara ¡Dios benigno!
(El pecho lleno de palabras santas)
¿Por qué de tus favores me haces digno

Sobre criaturas tantas?
Poco menos que un ángel te he debido,
Según las excelencias que me has dado;
Sacásteme á tu esencia parecido,
Y de gloria y honor me has coronado:
¿Cuál será después de esto tu cuidado?

Gracias te sean dadas
¿Oh Padre de los hombres bondadoso:
Y tu nombre celebra amoroso
Las gentes por la tierra esparramadas.
¡Oh! acaba de salir del seno obscuro
En que ciego te tiene la ignorancia,
Discípulo insensato de Epicuro;
Y en la acorde y eterna consenancia
De la naturaleza
Encontrarás motivos poderosos
De amor y de fineza,
Con que la Providencia
Destruye tus sofismas engañosos:
¿Qué motivo mayor que tu existencia?
Así exclamara contra el grito horrendo
De la carne orgullosa, que murmura
Del númen que en sí propia está sintiendo
Y que ve en todas partes, á manera
Que por el velo de una nube obscura
Vemos del claro sol la antorcha pura.

¿Qué! ¿por qué no nos pone en alta esfera,
Cual só el trono argentado de la luna,
La ambición altanera,
Se ha de pensar que ciega la fortuna

Nos lleva tropezando por el suelo,
Cuando estamos mirando en tierra y cielo
La sabia Providencia que gobierna
Todo, conforme con su ley eterna?

¡Mil veces venturoso, amigo Fabio,
El verdadero sabio,
Que, como tú, contempla su existencia
Un milagro de la alta Providencia:
Y conforme en su estado,
Juiciosamente advierte
Que lo lleva la suerte
Por los rumbos que Dios le ha señalado!
Sí, Fabio: pues ¿qué importa que el destino
Nos cargue de miserias y de males
Como dura pensión de los mortales?
¿Qué importa que el camino
De nuestra vida esté lleno de abrojos,
Si termina en las puertas eternas
De la patria, Es verdad: yo estoy mirando
Delante de mis ojos
El camino derecho de la gloria....

Quando acá en sus recuerdos la memoria
Me va representando
Tantos motivos de dolor infando,
Tantos peligros de mi triste historia:
Y miro entonces mismo
Que una Deidad me libra protectora
Tantas veces de dar en el abismo:
¿Qué te podré decir? ¿Qué podré hacerte.
¡Oh amable Providencia bienhechora!
Que tantas ocasiones me has librado

Del hambre, de la sed, de la dolencia.....
De mil ministros de la cruda muerte?
¡Un milagro es mi vida!
¡Milagro de la suma Providencia,
Que me lleva por senda conocida
A la ciudad de eterna refulgencia!
Vos cantadla por mí, cielo estrellado
Y tierra florecida:
Alabad al Señor de las alturas,
Porque tiene cuidado
De todas sus criaturas:
Y alabémosle todos los mortales,
Repitiéndole gracias eternas.

POEMA HEROICO
EN CELEBRIDAD
DE LA CONCEPCION INMACULADA
DE MARIA SANTISIMA

INTRODUCCION AL POEMA

Ipsa conteret caput tuum.
Gen., c. III, v. 15.

La misma que á su Dios concebiría,
Previsto estaba que por su pureza,
Con el curso del tiempo, la cabeza
Al infernal dragón quebrantaría.

PANEGIRISTA

Mientras que otros poetas afamados
Estremecen la tierra
Con cantos de varones esforzados,
Que triunfaron gloriosos en la guerra;
Mientras ellos se sienten animados
Para cantar los ínclitos soldados,
Que uniendo al pecho la acerada malla,
Corren tras de la gloria
Por horrorosos campos de batalla,